

HISTORIA DE LAS MUJERES: SITIO EN CONSTRUCCIÓN

Romina Grisel Zapata

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

Resumen

La historia de las mujeres se encuentra en plena construcción, para lo cual es necesario generar ciertas rupturas con la historiografía tradicional que ha invisibilizado este grupo humano. Basado en el libro *Mi Historia de las Mujeres*, de la autora francesa Michelle Perrot, y en una serie de experiencias de investigación concretas, realizadas en Mendoza, se desarrollan las características fundamentales del relato de la participación femenina en la historia.

Palabras clave: historia, mujeres, relatos, feminismo, género, participación política.

Este artículo tiene sus raíces en algunas experiencias concretas: la cátedra “Historia de las mujeres, mujeres en la historia” (1), los observatorios con perspectiva de género realizados en el marco del proyecto “Observatorio Universitario de Medios de Cuyo” (2) y el trabajo sobre historia de las mujeres de Villa Hipódromo, distrito de Godoy Cruz, Mendoza (República Argentina) (3).

En el primer caso se trata de poner en valor la participación de las mujeres en todos los procesos históricos desde la colonización de América a la actualidad, sosteniendo que las mismas han participado activamente en todos los momentos, pero que el relato de la Historia las invisibilizó.

La segunda experiencia tiene que ver con el análisis del discurso de los medios de Cuyo, lo que permite ver cómo en los relatos periodísticos sobre mujeres comparten con el discurso histórico tradicional algunas de las características que se desarrollarán en este artículo.

En el tercer caso se trata de un trabajo de campo que tiene como objetivo contar la historia de las vecinas de un barrio antiguo de Mendoza, con la convicción de que en el relato de la vida cotidiana está la historia, ya que las microhistorias permiten tener otra perspectiva de la macrohistoria.

En este hacer, mientras se llevaban a cabo las entrevistas en profundidad a las mujeres del barrio, las investigadoras a cargo del proyecto nos encontramos con que las habitantes de Villa Hipódromo tenían una gran dificultad para visualizarse a sí mismas como sujetas de la Historia. Les resultaba fácil hablarnos de la vida de la comunidad, de cuando las calles eran de tierra, de cuando estaba el cine, de los bailes de carnaval, pero no así de su propia vida.

En este proceso quedó al descubierto que para escribir la Historia de las mujeres es necesario romper con los criterios tradicionales que las academias han tomado como válidos y permanentes, es decir, tener al varón blanco, occidental, heterosexual y de clase media como

parámetro de estudio, y que además este varón se desempeña en espacios públicos, fundamentalmente políticos. Lo que no sucede en esos espacios ha parecido durante siglos no ser importante o digno de integrar el canon de los hechos históricos destacados, y lo que ha estado protagonizado por otros sujetos y otras sujetas que no coinciden con este patrón ha sido pensado como subalterno o periférico. En cambio, las historias de mujeres tienen relatos de casa, de cocinas, de lavanderías y también de batallas, luchas políticas y jurídicas, transformaciones en las pautas sociales de comportamiento; todo como parte de la misma receta.

Apenas se detectaba una punta de ovillo que permitía ver cómo alguna de las entrevistadas había contribuido de manera significativa a la vida del barrio se empezaba a tirar de ese hilo, con mucha sutileza, tratando de que no se cortara. Ninguna se consideraba a sí misma una protagonista de la Historia y, sin embargo, todas poseían el saber y la experiencia que habían posibilitado el crecimiento y la transformación de la comunidad.

Como plantea la socióloga Evelyne Sullerot, la aparición de la Historia de las mujeres es un “desafío a la historia establecida, las mujeres no pueden simplemente añadirse sin que se produzca un replanteamiento fundamental de los términos, pautas y supuestos de lo que en el pasado se consideraba historia objetiva, neutral y universal porque tal noción de la historia incluía en su misma definición la exclusión de las mujeres” (Ardesi, 1996: 71)

Cabe aclarar el sentido que se le da a dos términos utilizados en este artículo: por un lado, por *Historia de las mujeres* debe entenderse los hechos o los acontecimientos que han cambiado las condiciones de vida de las mujeres o de toda una comunidad (región, país o continente) y aquellos sucesos que se consideran relevantes para el desarrollo de un lugar en el que ha habido participación de mujeres, esta selección forma parte de una disciplina científica y es el producto de un hacer académico, de prácticas de investigación científica (que se hacen desde los sectores de poder y que tienen una visión social y sexualmente selectiva). Por otro lado, por *relato de la Historia* debe entenderse la narración de esos y otros hechos, cuando de estos queda algún registro del accionar de las mujeres y este es contado en lo que se conoce como Historia oficial o fuera de ella, resistiendo al olvido y el paso del tiempo. Los relatos (esas micronarraciones) construyen la Historia. También está el concepto de *historia* que se refiere al relato que las personas construyen sobre su propia experiencia.

Observando rupturas y regularidades, cuestionando el relato de la Historia y con los saberes adquiridos en la cátedra mencionada es que se construye la siguiente teorización, que apunta a responder: ¿qué características tiene la Historia de las mujeres, o mejor dicho el relato de estas? Para ello, se establecen los siguientes rasgos:

- Fragmentación y no linealidad.
- Invisibilización.
- Paso de mujeres víctimas a mujeres activas.
- De lo individual a lo colectivo, de lo privado a lo público.
- Cuestionamiento del saber científico androcéntrico.

Para el desarrollo de cada uno de estos puntos se toma como bibliografía base el libro *Mi historia de las mujeres*, de la autora francesa Michelle Perrot.

Fragmentación y no linealidad

No se trata de una Historia de desarrollo lineal ni ascendente, por el contrario, aparecen constantes rupturas. Por eso, para sistematizar la Historia del feminismo se utiliza el término “olas”, a través de esta metáfora se puede dar cuenta de su ir y venir, con avances y retrocesos, con derechos que se conquistan y batallas que se pierden.

Gran parte de esta fragmentación se debe al problema de las fuentes, ya que “las mujeres dejan pocas huellas directas, escritas o materiales. Su acceso a la escritura fue más tardío. Sus producciones domésticas se consumen más rápido o se dispersan con mayor facilidad” (Perrot, 2009: 10). La carencia de estos registros deriva en un relato construido en pedazos, un testimonio, una canción, algún texto escrito, registros de iglesias y de escuelas, el trabajo de una organización comunitaria, archivos policiales y judiciales, fotos, imágenes y, con suerte, documentos escritos por la propia mano de las mujeres.

Muchos de los documentos producidos por mujeres fueron ignorados o bien destruidos, Michelle Perrot habla de una destrucción de huellas que es social y sexualmente selectiva (Perrot, 2009). Estas características hacen que sea necesario trabajar con una mirada más amplia y recurrir a fuentes no convencionales (Gil Lozano, 2007) de las que el trabajo historiográfico tradicional ha renegado, sosteniendo la supremacía de las fuentes escritas por sobre la oralidad, por ejemplo.

“La experiencia de las mujeres y la experiencia femenina tienen una historia que, aunque no es independiente de la de los hombres, es, sin embargo, una historia propia: la de las mujeres como mujeres. Y para explorarla, las jerarquías entre lo históricamente importante y lo trivial tenían que ser trastocadas” (Bock, 1991: 2).

A esta complejidad se le debe sumar no sólo el hecho de que la historia de las mujeres es diferente a la de los varones, sino también que es diferente entre las propias mujeres según su clase social, etnia, religión, nivel educativo, estado civil, todas estas particularidades signadas por el heterosexismo (4) que ha silenciado la diversidad sexual estableciendo rígidas jerarquías. Dicho de otro modo, la historia de las mujeres tiene características universales tales como la subordinación a los varones, el relegamiento al espacio privado, la violencia como elemento disciplinador, etcétera; pero todos estos factores no juegan de igual manera para una mujer negra, lesbiana y pobre que para una blanca de clase media que vive en Occidente, es casada y fue a la universidad, por ejemplo. “Las diferencias intrasexos son a veces mucho más fuertes y están aun mucho más marcadas que las intersexos” (Valori, 2007: 3).

También hay que poner en consideración que las genealogías de mujeres son muy difíciles de reconstruir, dado que los apellidos se heredan de los varones cuando se quiere investigar el pasado de una mujer en particular o armar su árbol genealógico esto solo puede ser hecho por línea patrilínea, lo que rompe con las antepasadas de dicha mujer.

Es decir, que las historiadoras feministas han hecho un gran esfuerzo para poder tener en cuenta todos estos factores que si bien dificultan la tarea de investigación son sumamente enriquecedores; no se puede abarcar todo, pero sí tratar de que dentro de esta fragmentación señalada exista una coherencia que permita la comprensión de la diversidad y que desafíe las miradas unívocas. Por ejemplo, si tratamos de pensar en la participación de mujeres durante la Revolución de Mayo, los métodos, las estrategias y las posibilidades no serán las mismas para una dama de la elite salteña como fue Doña Loreto (quien desarrolló tareas de espionaje para el ejército patriota), para una mujer de clase media al frente de una pulpería, sostén del hogar y madre soltera como Martina Céspedes (quien tomó presos a doce soldados durante las Invasiones Inglesas) o para una mujer negra, esclava liberta, pobre, que hacía brujerías a los ejércitos enemigos y así se ganaba su alimento, como fue Paula Eguluz (AA. VV., 2007).

Invisibilización

“Para muchas sociedades la invisibilidad y el silencio de las mujeres forman parte del orden natural de las cosas. Son la garantía de una polis pacífica” (Perrot, 2009: 9). Esta frase responde, en parte, al porqué la participación de las mujeres en los hechos políticos y sociales no forma parte del relato de la Historia oficial.

A la dificultad para trabajar con fuentes generadas por las propias mujeres, se le debe sumar el silencio producido por el propio lenguaje, que al usar los términos masculinos como universales genera la ambigüedad de no saber si se incluye o no al grupo femenino en cada palabra, y por supuesto al no nombrar no otorga existencia ni identidad.

Este silencio, de las fuentes y de los relatos, empieza a ser roto a partir de los años sesenta. Muchos factores convergieron para que “la mujer” (en singular hasta ese momento) empezara a ser objeto de estudio de las ciencias sociales y en particular de la historia. Entre los factores que Perrot menciona encontramos:

- *Científicos*: hay una renovación del cuestionamiento ligada a la crisis de los sistemas de pensamiento tradicionales como el marxismo y el estructuralismo que ya no podían dar respuesta a los problemas del momento.
- *Sociológicos*: el ingreso masivo de las mujeres a la universidad como estudiantes y como docentes.
- *Políticos*: impulsados por el Movimiento de Liberación de las Mujeres, desarrollado a partir de los setenta en Europa que se encaminó a la búsqueda de antepasados, a la lucha por la emancipación y al cuestionamiento del saber científico considerado legítimo hasta el momento (Perrot, 2009).

Esta teorización realizada por la autora citada se refiere a los cambios producidos fundamentalmente en Europa, claro que en América Latina los tiempos y los procesos tienen sus características propias, pero hay una coincidencia en que en los años sesenta también en estas latitudes, signadas por procesos revolucionarios de gran peso, las mujeres empiezan a demandar un lugar en la Historia. Las latinoamericanas se resisten a creer que solo mujeres

excepcionales tuvieron un lugar en lo político o que su rol se limita a pequeñas colaboraciones (como bordar banderas y donar joyas) y el acompañamiento de los varones.

Otro prejuicio que ha contribuido a la ausencia de las mujeres en el relato de los procesos históricos es la idea de que la Historia de las mujeres es de interés específicamente femenino y que debe ser abordada como un subtema. Muy por el contrario está ligada a la Historia de los varones, la enriquece y la amplifica. Será necesario romper esta barrera, ya que solo contribuye a reforzar el sistema patriarcal, anclado en un pensamiento binario (hombres versus mujeres).

Desde mediados de los setenta se ha introducido el género como una categoría fundamental de la realidad social, cultural e histórica, y además superadora de la categoría sexo que se limita a lo biológico. Una de las razones esenciales para esto es la confirmación de que la historia de las mujeres y los estudios de ellas “no pueden quedar reducidos al sexo como sinónimo de sexualidad, sino que deben abarcar todas las áreas de la sociedad” (Bock, 1991: 7).

Dar mayor visibilidad al colectivo femenino como partícipe de la historia implica entender que “rastrear a las mujeres en la historia no es simplemente una búsqueda de cierto aspecto antes olvidado, es, más bien, un problema de relaciones entre seres y grupos humanos que antes habían sido omitidas” (Bock, 1991: 15).

De mujeres víctimas a mujeres activas

Desde hace un tiempo los colectivos feministas y de mujeres comenzaron a cuestionar la representación de las mujeres como víctimas de la Historia, excluidas de diversos ámbitos y subordinadas a los varones, tradicionalmente se habló de ellas como personas en situación de sufrimiento y sometimiento, lo que si bien ciertamente ha sucedido, no es el único rol que desempeñan y, además, refuerza el estereotipo de la pasividad de las mujeres.

En estos momentos nos encontramos en plena reivindicación de la capacidad transformadora de las mujeres como colectivo, de conquistar derechos, de salir de situaciones de violencia, de crear y producir, de la posibilidad de participación en diversos espacios sin ocupar lugares victimizantes.

En esta búsqueda de la intervención activa y no estereotipada de las mujeres, Gisela Bock afirma que es “necesario contemplar las relaciones de las mujeres entre sí, y conocer las relaciones de conflicto y de solidaridad: entre las amas de casa y las sirvientas, las madres y las hijas, las asistentes sociales y las pobres, las misioneras y las mujeres de los pueblos colonizados, entre las profesionales y las políticas” (Bock, 1991: 15). Tanto es así que la historia del parentesco femenino, la amistad, el amor entre las mujeres se ha convertido en un área importante de investigación.

Si bien desde siempre las mujeres han estado enfrentadas a la violencia, la guerra y las formas de comunicación masculina, estas no son las únicas formas de relación con los varones, esta dominación está lejos de agotar las relaciones entre los sexos, “tan lejos como está la

condición de víctima de resumir históricamente el estatuto de las mujeres, que saben resistir, existir, construir poderes” (Perrot, 2009: 145).

De lo individual a lo colectivo, de lo privado a lo público

Estrechamente ligado con lo anterior se produce esta otra transición en el modo en que se cuenta la Historia de las mujeres: ya no se estudia a “la mujer” en singular, sino su participación como grupo, sin perder de vista su especificidad, para lo cual necesitamos que la perspectiva de género sea transversal a todo lo estudiado en relación con las mujeres.

Por ejemplo, en la salida de una mujer de una situación de violencia sexista será fundamental lo que el Estado, las instituciones correspondientes y las organizaciones de mujeres hagan para acompañar este proceso, que es personal pero también colectivo. Es decir que además de lo que cada mujer haga en su vida, los cambios significativos y las conquistas que se han traducido en una mejora de las condiciones de vida de las mujeres no se pueden lograr individualmente.

Hablar de lo colectivo es hablar de lo público, pero sin detrimento de la vida privada, ya que esta división no siempre es tan clara, pero además la primera “revolución” debe iniciarse en casa, para que podamos salir empoderadas a luchar en los otros espacios. También es importante romper esta separación, que es propia del patriarcado, y que no se corresponde con la mirada amplia que debemos tener para entender la historia de las mujeres.

Bock sostiene que para esto es necesario abordar todos los dominios de la sociedad: los ámbitos en que solo tienen presencia las mujeres (como las organizaciones de mujeres o lo relativo a la maternidad), aquellos en que las mujeres resultan mayoría (como la caza de brujas o las labores domésticas), aquellos donde igualan en número a los hombres (las relaciones sexuales, las minorías étnicas), aquellos donde son minoría (el trabajo fabril, el ámbito bélico y militar, ciertos oficios o profesiones) y, finalmente, aquellos donde no están (como el sufragio “universal” en el siglo XIX y parte del XX) (Bock, 1991).

Es decir que, en general, ya no se interroga los procesos históricos pensando en una mujer “destacada”, sino en el grupo humano del que esa mujer forma parte. O sea, no se debería mirar solo la historia de Juana Azurduy, por mencionar una mujer reivindicada en los últimos años, sino de las mujeres de los pueblos originarios que formaron parte de la lucha por la emancipación latinoamericana en el Virreinato del Río de la Plata, a partir de 1780, por ejemplo. Por supuesto no se trata de una tarea fácil, que además nos llevará a enfrentarnos con el problema de las fuentes explicado anteriormente. Pero aun así, es un ejercicio intelectual interesante que permitirá dejar de contar la historia de las mujeres en apartados diferentes o recuadros marginales dentro de los libros de historia, reforzando el prejuicio de lo subalterno. También habrá que indagar cuáles fueron los métodos de lucha de estas mujeres, cuáles siguen vigentes, cómo se transformaron.

Dentro de las formas de acción colectiva encontramos al feminismo, o mejor dicho, los feminismos, dado que la diversidad dentro de los grupos bajo esta etiqueta es amplia. “El feminismo se mueve por impulsos, por oleadas. Es un movimiento intermitente, sincopado,

pero que resurge, porque no se apoya en organizaciones estables capaces de capitalizarlo” (Perrot, 2009: 135). Lo cual está en relación con lo desarrollado en el primer punto de este trabajo donde se habló de la fragmentación propia de la Historia de las mujeres.

El feminismo actúa por personas, personalidades, militantes, de muy diversas características, incluso con características opuestas, como obreras y burguesas. También con métodos muy diversos que van desde la publicación de solicitadas, a las marchas y protestas callejeras, así como también a formas más diplomáticas. Sus alianzas también son complejas y cambiantes, a veces con el socialismo, a veces con la izquierda más radical y con el liberalismo (Perrot, 2009). Pero en todos los casos hay una “alianza entre feminismo y modernidad, feminismo y democracia” (Perrot, 2009: 139).

“El feminismo convirtió a las mujeres en actrices de la escena pública. Les dio una forma a sus aspiraciones y una voz a su deseo. Fue un agente decisivo de igualdad y libertad y, por lo tanto, de democracia” (Perrot, 2009: 143).

Esta forma de acción colectiva, cuyo impacto en la sociedad contemporánea no se puede minimizar, está signada en estos momentos en América Latina por la reivindicación de los derechos sobre el propio cuerpo. Por esto no solo se debe entender el derecho a la interrupción voluntaria del embarazo, sino también a prácticas sexuales seguras, al acceso a métodos anticonceptivos, a la educación sexual inclusiva y no sexista, a liberar el cuerpo de los estereotipos de belleza, a reencontrarnos con “lo erótico como poder” (5).

Cuestionamiento de saber científico androcéntrico

Como se dijo, indagar la H/historia de las mujeres conlleva una ruptura del punto de vista masculino, presentado como universal hasta el inicio de los setenta cuando la historiografía de mujeres empieza a hacerse notar (Barrancos, 2008).

La ciencia ha sido históricamente otro de los ámbitos donde el androcentrismo (6) se ha instalado. Las mujeres han sido tomadas como objeto de estudio, en el mejor de los casos, ya que en general es el varón (blanco, occidental, de clase media y heterosexual), quien es pensado como modelo, y casi nunca han sido consideradas productoras de conocimiento científico. Al ser una construcción social, la ciencia conlleva los sesgos sexistas propios de la sociedad que la produce.

Con relación a esto Sandra Harding sostiene que en cada área científica se ha llegado a descubrir que los problemas, teorías, métodos y verdades que han alcanzado todo lo humano no son tales. Son, en cambio, productos del pensamiento que llevan la marca de sus creadores/as. Una vez percibido este hecho, las feministas empezaron a producir conocimientos propios y buscar legitimidad en el mundo académico. De acuerdo con Harding, las feministas primero intentaron “sumar o agregar a las mujeres” a los estudios tradicionales y, con el tiempo, se avanzó en la elaboración de una perspectiva propia, de un modo de analizar la propia experiencia partiendo de la necesidad de entenderse a sí mismas (Harding, 1998).

Las investigadoras feministas critican que las teorías tradicionales no dan cuenta de la participación de las mujeres en la vida social ni tampoco de que el mundo masculino también

está determinado por el género. Por ejemplo, el hecho de que los varones hayan desempeñado durante siglos el rol de jefes de familias, proveedores de dinero y trabajadores fuera del hogar responde a una marcación genérica, aunque sea presentado como un rol natural para su sexo, por marcación genérica debe entenderse: significaciones sociales asignadas al sexo (Scott, 1990).

Para comprender esta imposibilidad de universalidad y objetividad del conocimiento científico y de las/los sujetos que los producen resulta esclarecedor el concepto de *saberes situados* trabajado por Donna Haraway. Para esta autora es el posicionamiento, la ubicación, la parcialidad, la subjetividad y no la universalización lo que posibilita un conocimiento racional, que para ella significa tener en cuenta las estructuras de poder en que se encuentra inserto.

Haraway sostiene que la objetividad feminista consiste en comprender que toda mirada es parcial y corporeizada aunque incluya la mediación tecnológica. La tecnología moderna nos ofrece una gran cantidad de instrumentos de visualización (cámaras, satélites, microscopios, etc.) que producen una sensación de descorporización, de una mirada no marcada. Haraway llama a esto “god trick” (truco divino), dado que estas herramientas no tienen un límite real, físico, como sí lo tienen los ojos de los seres humanos y, por lo tanto, producen la ilusión de objetividad, de transparencia, de que es posible “ver desde ningún lugar”. La autora afirma que todos los “ojos”, incluidos los que nos ofrece la tecnología moderna, son sistemas activos de percepción, de ninguna manera pueden ser pasivos aunque produzcan la sensación de no intervención (Haraway, 1993).

Para Haraway no existe una visión que pueda trascender todos los límites y las responsabilidades. Ella dice: “La moraleja es simple: solo una perspectiva política promete una mirada objetiva. Todas las variaciones occidentales sobre la objetividad son alegorías de las ideologías que gobiernan las relaciones de lo que llamamos mente y cuerpo, alejamiento y responsabilidad. La objetividad feminista alude a la ubicación limitada y al saber ubicado, no a la trascendencia y separación del sujeto y el objeto” (Haraway, 1998: 123).

La autora argumenta que, contrariamente a lo que se cree, el punto de vista de los que no tienen marca –los dominadores– es fantástico, distorsionado, irracional, y que sirve para eludir responsabilidades, dado que ninguna mirada es pasiva o inocente, como tampoco existen “objetos” de conocimiento pasivos o inertes. La toma de posición implica responsabilizarse de los resultados de las prácticas científicas. La ciencia ha buscado siempre la traducción, la movilidad, la universalidad, Haraway considera esto un reduccionismo dado que el lenguaje de los varones se ha impuesto como el estándar para todas las traducciones (Haraway, 1998). Su teoría está “A favor de una política y epistemología de la ubicación, de la toma de posición y situación, donde para reclamar un saber racional la condición sea que este sea parcial y no universal (...) A favor de la visión de un cuerpo siempre complejo, contradictorio, estructurante y estructurado (...) y no desde ningún lugar” (Haraway, 1998: 130).

Las teorías feministas y los estudios de género implican una visión crítica con relación al modo en que se ha construido el saber científico. Desde esta perspectiva, la posibilidad del rigor científico está más bien ligada a la construcción de saberes desde en un lugar particular,

marcado. El saber situado se interesa por las comunidades y no por individuos/as aislados/as, y está construido desde una subjetividad histórica colectiva. De acuerdo con Haraway, los puntos de vista de los seres subyugados/as –en este caso las mujeres– son preferibles porque prometen relatos más adecuados, objetivos y transformadores del mundo. Cuando Haraway habla de *situación* se refiere no solo a un lugar desde el cual se habla, sino también al espacio, entendido como el lugar en que se desenvuelven los grupos humanos en su interrelación con el medio ambiente (Bach, 2010).

Respecto a cómo las mujeres han accionado para que estos cambios de perspectiva se produzcan Michele Perrot considera que “cada acontecimiento plantea la cuestión de las relaciones entre los sexos, las interroga, desplaza su eje. Este desplazamiento, más o menos igualitario de la línea fronteriza depende también de la acción de las mujeres: de su acción colectiva y de la fuerza de su deseo” (Perrot, 2009: 126).

Aunque desde una perspectiva teórico distinta, en 1949, Simone de Beauvoir escribió un párrafo que quizás tenga la capacidad de condensar lo medular de las ideas de las autoras citadas: “Tal vez sea imposible tratar ningún problema humano sin tomar partido: la manera misma de plantear las cuestiones, las perspectivas adoptadas, suponen jerarquías de intereses; toda cualidad implica valores; no hay una descripción supuestamente objetiva que no se levante sobre un segundo término ético. En lugar de tratar de disimular los principios que más o menos explícitamente se sobreentienden, es preferible plantearlos enseguida; de ese modo no nos veremos obligados a precisar en cada página qué sentido se le da a las palabras” (Beauvoir, 2009: 30).

Conclusión

La Historia de las mujeres ha transcurrido durante siglos en las periferias de los centros de poder, pero también irrumpiendo en ellos. No se trata de una Historia paralela o secundaria que se acopla a la ya escrita, sino una parte transversal de la Historia, que aún no se ha escrito en su totalidad y que se encuentra en pleno proceso de elaboración.

No es posible construir estos relatos sin romper con los criterios tradicionales que la ciencia ha utilizado para jerarquizar los acontecimientos del pasado, dado que estos son androcéntricos, sexistas y heteronormados. Tal vez ni siquiera el propio lenguaje del que disponemos sea el adecuado, ya que tiene estas mismas características, por eso nos encontramos en el desafío de construir otras formas de expresión, de investigación, otros métodos para hacer ciencia, más inclusivos, más desestructurados, lo cual no significa abandonar el rigor metodológico propio de este campo.

Necesariamente habrá que mezclar acontecimientos políticos, sociales y económicos de gran impacto en la vida de una población, con las tareas del hogar, la maternidad, los trabajos, ya que son las distintas caras de estos acontecimientos; porque así son los roles que ocupamos las mujeres en los diversos ámbitos de nuestras vidas: complejos, multifacéticos, cambiantes, diversos, perder de vista esto es quitarle riqueza y profundidad a nuestras identidades.

El pasado de las mujeres deberá continuar en construcción a la luz de una de las producciones feministas teóricas más brillante: *lo personal es político* y viceversa.

Notas

(1) Cátedra abierta y optativa para todas las carreras realizada desde el 2007 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, antes llamada Cátedra Juana Azurduy.

(2) "Observatorio Universitario de Medios de Cuyo. Comunicación, política y poder en Argentina 2011-2013" es un proyecto que propone una investigación del campo de la comunicación y la cultura acerca del papel que los medios masivos de comunicación tienen en el proceso de construcción de hegemonía. Específicamente se interroga sobre el rol que desempeña el periodismo en la construcción de poder. Se trabaja a través de observatorios de medios sobre las distintas temáticas de la coyuntura social, política y económica. En estos momentos se encuentra en su última etapa de realización en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

(3) Trabajo de investigación iniciado en febrero de 2013, aún en proceso de realización, sobre la historia de las mujeres de un barrio de Mendoza con ocasión del aniversario número cien de Villa Hipódromo, departamento de Godoy Cruz, provincia de Mendoza

(4) Heterosexismo: interpelación ideológica producida en distintas prácticas cotidianas en las que se predica la heterosexualidad como la única orientación sexual válida, obligatoria y naturalizada desconociéndose en forma discriminatoria la diversidad existente (*La Revuelta*, 2007: 9).

(5) "Lo erótico como poder" es el título de un texto de la autora Audre Lorde publicado en *Con-spirando*, Revista Latinoamericana de Ecofeminismo, Espiritualidad y Teología, N.º 5, septiembre de 1993. Para ella lo erótico es "una afirmación de la fuerza de vida de las mujeres, de aquella poderosa energía creativa cuyo conocimiento y uso estamos reclamando en nuestro lenguaje, en nuestra historia, en nuestros bailes, en nuestros amores, en nuestros trabajos, en nuestras vidas".

(6) El androcentrismo es un supuesto que considera lo propio y característico de los hombres como parámetro de descripción, evaluación y análisis de la realidad y la experiencia humana en su totalidad. Este tiende a confundir el concepto de "humanidad" con el hombre-varón, reduciéndolo a él (AA. VV., 2008).

Bibliografía

AA. VV., Cátedra Juana Azurduy, apuntes de trabajo. *Mujeres en la historia, historia de las mujeres*. Trabajo editado por Universidad Popular de Madres de Plaza de Mayo y Presidencia de la Nación para el Programa de Fortalecimiento de Derechos y Participación de las Mujeres "Juana Azurduy", Buenos Aires, 2007.

AA. VV., Seminario Sexismo y relaciones de género en los medios de comunicación. Materiales Segundo Encuentro. Terminología: Reivindicaciones de las luchas emancipatorias y usos discriminatorios, Neuquén, 2008.

ARDESI DE TARANTUVIEZ, Beatriz, *Historias de Mujeres. En Mujer, Historia y Cultura*. Trabajo correspondiente al simposio organizado por el GEC en Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1996

BARRANCOS, Dora, *Mujeres, entre la casa y la plaza. Nudos de la historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

BOCK, Gisela, *La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional*. Historia Social 9, Universidad de Valencia, Instituto de Historia Social, España, 1991.

- CHAER, Sandra y Sonia SANTORO, *Las palabras tienen sexo. Introducción a un periodismo con perspectiva de género. Análisis de los medios de comunicación desde el feminismo. Estudios de mujeres*, Buenos Aires, Artemisa Comunicación Ediciones, 2007.
- DE BEAUVOIR, Simone, *El Segundo Sexo*, Buenos Aires, Editorial Contemporánea, 2009.
- GALVEZ, Lucía, “La mujer en la historiografía argentina”, en *Mujer, Historia y Cultura*. Trabajo correspondiente al simposio organizado por el GEC en Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1996
- GIL LOZANO, Fernanda, “Historia de las mujeres. Mujeres en la Historia”, en CHAER, Sandra y Sonia SANTORO, *Las palabras tienen sexo. Introducción a un periodismo con perspectiva de género. Análisis de los medios de comunicación desde el feminismo. Estudios de mujeres*, Buenos Aires, Artemisa Comunicación Ediciones, 2007.
- HARAWAY, Donna, “Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial”, en CANGIANO, María Cecilia y Lindsay DUBOIS, *De mujer a género: teoría, interpretación y práctica feminista en las Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- HARDING, Sandra, “¿Existe un método feminista?”, en Eli Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1998.
- PERROT, Michelle, *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires, Fondo Cultura Económica, 2009.
- SCOTT, J. W., “El Género: una categoría útil en el análisis histórico”. *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Edicions Alfons El Magnanim, Institució Valenciana de Estudis i Investigació, 1990.
- VALORI, Silvia Mirta, *Mujer, discapacidad y acceso al empleo decente*. Bibliografía obligatoria de Unidad 6 de Cátedra Diversidad, inclusión y perspectiva de Género, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2012.